

## La literatura ecuatoriana en las primeras décadas del siglo XXI

---

Galo Galarza Dávila\*

Las últimas notas que escribí sobre literatura ecuatoriana fueron hace quince años. Estaban contenidas en dos artículos que se publicaron en la revista del Servicio Exterior Ecuatoriano (AFESE, números 32 y 34).<sup>1</sup> Desde entonces pasaron muchas cosas en nuestro país y en el mundo. Murió el espantoso siglo XX (uno de los más crueles de la historia humana), sin que haya ocurrido la hecatombe que anunciaron algunos brujos y pitonisas, de tal manera que el planeta Tierra, como habíamos sostenido tercamente muchos, siguió girando en el Sistema Solar (aunque un poco más golpeado y maltrecho) y los terrícolas (un poco más numerosos, azorados y fatigados) seguimos y seguiremos habitándolo por unos cuantos siglos más, pese al deterioro ambiental, al calentamiento global y a la estupidez humana.

En el panorama internacional, China emergió como una potencia mundial. Rusia volvió a constituirse

como potencia emergente, junto a la India, Sudáfrica y Brasil. La Unión Europea vivió una crisis económica de proporciones. Algunos países (Grecia, Portugal y hasta la misma España) vieron amenazada su supervivencia. Todavía batallan por recuperarse y Grecia entró en un proceso de cambios políticos que han puesto en jaque a las viejas estructuras europeas. No sería sorprendente que España y otros países le sigan o quieran emularle.

Estados Unidos, la superpotencia militar que se quedó sola después de la caída de la Unión Soviética, entró igualmente en una profunda crisis económica de la cual tampoco se recupera completamente. Sin embargo, como dato relevante, vio como Barak Obama, un ciudadano negro, hijo de un migrante africano de religión islámica, llegaba a la Presidencia por primera vez en su historia (fue algo tan relevante como cuando llegó a la Presidencia de Bolivia Evo

---

\* Ex Embajador del Ecuador en México y ex Subsecretario de América Latina y el Caribe. Autor de varios estudios sobre literatura ecuatoriana y de algunos libros de narrativa.

<sup>1</sup> Se los puede consultar en línea entrando al sitio [www.afese.com](http://www.afese.com). Publicaciones.

Morales, un indio cocalero, o como cuando Nelson Mandela asumió el poder en la Sudáfrica racista), aunque, debemos reconocerlo, Obama (quien por cierto recibió un cuestionado y prematuro Premio Nobel de la Paz) no se puso a la altura de estos líderes y, en algunos casos, siguió reproduciendo las malas costumbres imperiales. El cambio de piel no significó un cambio en la conducción política e internacional de la potencia del norte. Sin embargo pasará a la historia del relacionamiento con América Latina por su valiente acercamiento a Cuba. Le podría suceder en la presidencia una mujer (también la primera en la historia de los Estados Unidos) o un hombre de origen cubano (también el primero en la historia de ese país). Cosas curiosas que nos tocará ver.

El Medio Oriente siguió hundiéndose en un baño de sangre e incertidumbre. Las llamadas “primaveras árabes” que depusieron a gobiernos despóticos terminaron, cosa horrenda, siendo coaptadas por movimientos musulmanes extremistas o por dictaduras militares. En países como Irak o Siria (como también en países africanos como Libia o Yemen) el intervencionismo extranjero fue descarado y se desataron guerras fratricidas que no cesan, en las que se utilizaron los métodos más sanguinarios y hasta armas químicas (como en la Primera Guerra Mundial). Fruto de esas crisis y de esos intervencionismos surgió un movimiento mucho

más sanguinario y criminal denominado *Estado Islámico* que ahora mismo aterroriza a vastas poblaciones de esta ya de por sí atormentada región. Israel siguió masacrando a los palestinos en la forma más espantosa y censurable. Y los palestinos siguieron respondiendo con métodos igualmente censurables. No se vislumbra una pronta solución a ese antiguo (casi digo bíblico) conflicto. Más con la reelección de los halcones comandados por Netanyahu que causan escozor incluso entre sus aliados más cercanos (léase Obama).

En algunas regiones de África volvieron los efluvios colonialistas y varios países se vieron envueltos en guerras fratricidas, algunas también marcadas por el fundamentalismo islámico (Nigeria, por ejemplo, donde el movimiento extremista Boko Haram, aliado del Estado Islámico, realiza barbaridades sin nombre, como secuestrar y violar masivamente a niñas y adolescentes que estudian en colegios con educación occidental) o Kenia (donde el otro movimiento fundamentalista Al-Shabab, también hace de las suyas, como la matanza espantosa que generó hace unos días en una universidad de ese país). Aunque debemos reconocerlo también, muchos países de ese continente han entrado ya en una etapa de plena democracia y crecimiento. Sudáfrica, por ejemplo, salió del espanto del *Apartheid* y ahora es una de las economías emergentes más importantes del mundo. Sin embargo, hay otros

países africanos sumidos en profundas crisis lo que ha producido desde hace algún tiempo un desesperado éxodo por mar hacia Europa (particularmente desde Libia hacia Italia), convirtiendo al mar Mediterráneo en un espacio de desesperación y muerte. Cientos de miles de africanos arriesgan cotidianamente la vida para tratar de llegar a las costas europeas, caen fácilmente en las redes de traficantes de personas y cruzan el mar en las condiciones más penosas y riesgosas. La migración desesperada sigue siendo la gran tragedia del siglo XXI, casi como si fuera un segundo holocausto. Solo mientras redactaba este artículo, murieron más de mil quinientos migrantes africanos ahogados en el mar Mediterráneo, más del doble de los que murieron en el Titanic. ¿Alguien recordará el nombre de uno de esos infelices seres, alguna manifestación se habrá realizado por las calles de París, como cuando ocurrió el terrible episodio de *Charlie Hebdo*?

Corea del Norte siguió realizando pruebas nucleares pese a la oposición de la comunidad internacional y otros países (abierta o solapadamente) desarrollaron, igualmente, armamento nuclear (India, Pakistán, el mismo Israel, las potencias occidentales negociaron con Irán un desmantelamiento de su programa nuclear que debe concretarse de manera efectiva). El mundo, en definitiva, no ha podido descartar la pesadilla de verse destruido si algu-

na vez se activan estas armas letales. Ahora mismo, mientras escribo este artículo, se ha desatado un conflicto armado en Ucrania, nación que poseía armamento nuclear. La estupidez humana no tiene fin.

Mientras tanto en América Latina (y particularmente en la región sudamericana) se comenzó a vivir un momento muy positivo. En lo político surgieron gobiernos populares y progresistas que cambiaron el rumbo de la región, pusieron fin a casi dos décadas de tormentoso neoliberalismo y de dictaduras sanguinarias (basta recordar a las de Pinochet o Videla, Stroessner o Banzer). En Brasil surgió la poderosa figura de Lula, un obrero metalúrgico que opacó la nefasta etapa de los Collor de Melo. Brasil, desde entonces, tuvo otro color y se dibujó como uno de los países emergentes más poderosos del mundo. El camino de Lula lo continuó Dilma Rousseff, antigua combatiente guerrillera, mujer de gran tenacidad y valentía. En Argentina la pareja Kirchner (antiguos miembros del ala radical del peronismo) sepultaron los efluvios de Menem y su pandilla. En Chile, una mujer brillante: Michelle Bachelette, hija de un general asesinado por Pinochet, asumió el poder en la patria de Allende y volvió al poder después del paréntesis de la derecha neoliberal liderada por Piñera. En Bolivia un indio cocalero, como ya he mencionado, por primera vez en la historia de ese estado plurinacional

de mayoría indígena, también llegó a la Presidencia apoyado por amplios sectores populares y gobernará su país (otra hora atormentado por la inestabilidad) por casi dos décadas. En Uruguay, un antiguo guerrillero tupamaro, José *Pepe* Mujica, gobernó, con sabiduría y originalidad, ese país de la banda oriental. Continúa esa tarea Tabaré Vázquez acompañado en la vicepresidencia por Raúl Sendic, hijo del líder histórico del mismo nombre. En Paraguay llegó a la presidencia un obispo rebelde (Fernando Lugo) que, lamentablemente, fue depuesto por un golpe de Estado “constitucional” orquestado por la derecha política. En las últimas elecciones ganó otra vez el Partido Colorado. En Venezuela, un coronel de extracción popular que se había rebelado contra la corrupción galopante y espantosa de democristianos y socialdemócratas, Hugo Chávez, se convirtió en la figura que encabezo una verdadera transformación en ese país llanero. Chávez, atacado de cáncer, murió prematuramente dejando a su pueblo sumido en una profunda tristeza y desconsuelo. En las últimas elecciones presidenciales ganó por un estrecho margen Nicolás Maduro, un hombre de origen obrero (fue conductor de camiones), quien fuera Canciller y Vicepresidente de Chávez, lo que garantiza la continuación del proceso, pese a la oposición tenaz de las fuerzas de derecha, las infaltables amenazas e intrigas imperialistas y a

una economía que pese a tener enormes recursos no acaba de despegar. Es decir, con las excepciones de Colombia (donde por cierto se gesta un muy loable proceso de paz entre el gobierno liderado por Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia que ojalá llegue a buen puerto y termine con ese conflicto civil de casi cinco décadas, pese a la oposición demencial de la extrema derecha liderada por el ex Presidente Uribe); Perú (cuyo actual Presidente ganó las elecciones con un discurso reivindicativo, cercano al de otros presidentes de la región pero que luego siguió gobernando con el mismo esquema de otros presidentes neoliberales que le antecedieron); y, Paraguay (que habrá que estudiar el rumbo que tome finalmente), la América del Sur ofrece un panorama distinto, con gobiernos que, con diferentes matices y estilos, tienen una ideología socialista, distributiva y solidaria. ¿Hasta cuándo durará este momento?, se preguntan algunos analistas, y es muy difícil predecir qué vendrá después.

Algunos infames añoran las dictaduras militares o los gobiernos neoliberales, otros apuntan a proyectos más radicales de izquierda (con cierto infantilismo, puritanismo y muy poco disimulado resentimiento), otros bregan porque una derecha remozada y más astuta vaya copando paulatinamente los espacios de poder (hay que anotar que esa derecha ya ha logrado captar im-

portantes espacios de poder local en varios de nuestros países o ha sabido colarse hábilmente en las mismas estructuras gubernamentales progresistas para neutralizar proyectos o imponer sus pautas). Solo el tiempo sabrá darnos una respuesta. Nuestra América Latina se ha movido en las últimas décadas en círculos: dictaduras militares, gobiernos neoliberales, gobiernos socialistas (o neosocialistas). Veamos qué viene después. Quién sabe si estamos a puertas de otro momento histórico inédito o de una mezcla o coexistencia de los modelos actualmente existentes.

En Centroamérica, los antiguos movimientos guerrilleros de izquierda que comandaron la lucha armada en Nicaragua (Frente Sandinista de Liberación Nacional) y en El Salvador (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional), llegaron al poder por la vía electoral y hasta ahora gobiernan de manera pacífica y constructiva esos países, un día martirizados por la guerra. Algunos de los países caribeños, saliéndose de la órbita colonial o de influencia de los Estados Unidos, plegaron a la Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América (ALBA), liderada por Cuba y Venezuela, y al programa solidario de PETROCARIBE. Un panorama tan distinto que nadie habría podido vislumbrar siquiera diez años antes, cuando solo Cuba brillaba en el Caribe como una estrella abandonada.

En Ecuador, nuestro país, después de una década perdida y an-

gustiosa en la cual se sucedieron gobiernos sin acierto ni concierto (en mis artículos a los que hago referencia al comienzo de esta nota, realicé un análisis más amplio de ese momento histórico), lo que produjo, entre otras razones, una aguda crisis económica (pérdida de la moneda nacional) y social (estampida de ecuatorianos hacia el exterior, tal si se hubiese producido una guerra civil), llegó al poder (en enero de 2007) un joven profesor universitario, Rafael Correa, quien comandó una revolución ciudadana y sentó las bases para que nuestro país se proyecte hacia una transformación en el plano político, económico y social. En febrero de 2013 ganó apabullante su reelección presidencial y gobernará el país durante una década (2007-2017). Esperemos que esa década sea considerada en la historia como una década ganada para el bienestar del pueblo ecuatoriano, pese a una oposición rabiosa y ciega que no quiere aceptar ninguno de los logros positivos conseguidos. Será el pueblo ecuatoriano, en las elecciones del 2017, el que decida si quiere la continuidad de este proceso u opta por otra de las alternativas políticas que se le presenten.

La integración latinoamericana y caribeña avanzó, igualmente, de manera muy positiva. Foros regionales como UNASUR, MERCOSUR, ALBA y CELAC se consolidaron. Particular mención merece la Comu-

nidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) que agrupó por primera vez en la historia a todos los países de la región, sin el tutelaje de Estados Unidos. Doscientos años tuvimos que esperar para ello. En la I Cumbre que tuvo lugar en la ciudad de Santiago de Chile, en enero de 2013, se entregó la presidencia pro témpore a Cuba, como un hecho histórico sin precedentes y como una reivindicación en contra de la injusta marginación que sufrió la isla caribeña del ámbito americano por presiones precisamente de los Estados Unidos en alianza vergonzosa con muchos países latinoamericanos y caribeños. En la II Cumbre que se organizó en La Habana se pudo percibir la consolidación de este proceso. Al respecto escribí un artículo que se publicó en esta misma revista.<sup>2</sup> Este avance de la integración latinoamericana y caribeña obligará incluso a organismos anquilosados o caducos, como la OEA (Organización de Estados Americanos), a remozarse y replantear sus estructuras para no desaparecer. El nuevo Secretario General de esta organización, el uruguayo Luis Almagro, tiene esa difícil tarea. La última Cumbre de las Américas (la VII) celebrada en Panamá con bastante éxito, por cierto, le dio una importante bocanada de oxígeno. Veamos cuánto puede avanzar.

En lo económico y social también se pudo percibir un indudable

progreso. Según cifras de Naciones Unidas, la región latinoamericana y caribeña es la que más creció en el mundo en la última década. Se ha disminuido considerablemente la pobreza y la desigualdad, aunque todavía queda una titánica tarea por cumplir en ese sentido. Continuamos siendo la región más desigual del planeta, donde convive el hombre más rico del mundo (el mexicano Carlos Slim) con millones de pobres. Otros problemas serios que siguen atormentando a nuestra región son la violencia, generada en gran parte por los cárteles del narcotráfico (que ha cobrado miles de vidas) y la migración irregular hacia los Estados Unidos en las formas más insólitas y peligrosas, incluso de niños y adolescentes. En eso México, ese gran país que fue durante mucho tiempo líder en la región, padece de estos dos males, al igual que otros de Centroamérica, Sudamérica (el nuestro incluido) y el Caribe (especialmente Haití, de donde siguen saliendo sus ciudadanos por vía marítima, en condiciones penosas y riesgosas, parecidas a las de los africanos que anhelan llegar a Europa). Un cáncer que sigue carcomiendo a las sociedades latinoamericanas y caribeñas es, igualmente, la corrupción, la impunidad y la torpe y a veces criminal violación de los derechos humanos y de la naturaleza (medio ambiente) que en los últimos tiempos ha dejado lacras espantosas en varios de nues-

tros países, lo que ha dado margen para que se produzcan manifestaciones masivas de protesta en México, Guatemala, Brasil, Argentina, Chile, Venezuela y otros. Veamos cuánto incide esto en los procesos electorales que se avecinan.

De todas formas, América Latina y el Caribe se convirtieron en espacios para la esperanza, frente a regiones atormentadas por la guerra, la segregación, el terrorismo, el fundamentalismo religioso. En este real y maravilloso espacio geográfico (del río Bravo a la Patagonia) siguieron apareciendo voces poderosas en la literatura que paulatinamente fueron reemplazando al llamado *Boom literario* (“Fuimos de Macondo a Mac-ondo”, dice un autor mexicano, yo podría decir también *Más Hondo*). De todas esas voces quizás sea la del chileno Roberto Bolaño la más singular, la que representa mejor a ese nuevo momento de las letras latinoamericanas. Bolaño nació en Chile en el año 1953, vivió una larga temporada en México y murió prematuramente en España en el año 2003, a la edad de cincuenta años. Sin embargo produjo una extensa y original obra (especialmente narrativa) que le proyectó sin duda como el escritor más representativo de su generación. Roberto Bolaño escribió también poesía y fue un gran polemista (sobre todo con los “poetisos del establishment” de su patria de origen que trataron a toda costa de minimizar su obra), animó revistas

y grupos literarios (particularmente el llamado *Infrarrealismo* o *Realismo visceral*), pero, repito, fue su obra narrativa la que le consagró como un gran escritor. La aparición de su novela *Los detectives salvajes* (1998), marcó un antes y un después en la literatura latinoamericana. Se acabó la era del realismo mágico y comenzó la era del realismo sucio (o descarnado o visceral o brutal). Bolaño fue hijo de un camionero y boxeador y de una maestra de escuela. Vivió su infancia en varias ciudades chilenas; su juventud en México (que le dejó una honda huella, tanto que sus dos máximas obras narrativas: *Los detectives salvajes* y *2666* se ambientan en este país); en 1977 se radicó en Cataluña, España, donde permaneció desempeñando varios oficios hasta su prematura muerte.

La novela *Los detectives salvajes* se publicó, como he dicho, en la editorial *Anagrama* de Barcelona, en el año 1998. Con ella gana el premio *Herralde* y el *Rómulo Gallegos*, uno de los más importantes en lengua española. Se convierte así en una de las novelas más comentadas y traducidas de la historia de la literatura latinoamericana. Otras obras de Bolaño dignas de mención son: *Reinventar el amor* (poesía, 1976), *La universidad desconocida* (poesía, 1992), *Los perros románticos* (poesía, 1980), *El último salvaje* (poesía, 1995), *Tres* (poesía, 2000). *Monsieur Pain* (novela, 1984), *La pista de hielo* (novela, 1993), *La literatura nazi en Amé-*

rica (novela, 1996), *Estrella distante* (novela, 1996), *Putas asesinas* (cuentos, 1997), *Amuleto* (novela, 1999), *Nocturno de Chile* (novela, 2000), *Amberes* (novela, 2002), *Una novelita lumpen* (novela, 2002). Después de fallecido, su esposa y la editorial *Anagrama* siguieron publicando algunas obras fundamentales: la ya mencionada *2666* (novela de largo aliento que fue concebida originalmente como una trilogía), *El gaucho insufrible* (cuentos, 2003), *El tercer Reich* (novela 2010), *Los sinsabores del verdadero policía* (novela, 2011).

De esta generación de escritores latinoamericanos nacidos después de 1950 (los de mi generación) podríamos mencionar también a los mexicanos Juan Villoro, Guadalupe Nettel, Julián Herbert; al guatemalteco Rodrigo Rey Rosa; a los cubanos Leonardo Padura y Pedro Juan Gutiérrez; a los peruanos Iván Thays, Santiago Rocagliolo, Mario Belletrini (radicado en México); al colombiano Juan Gabriel Vásquez; al boliviano Edmundo Paz Soldan; a los chilenos Pedro Lemebel y Rodrigo Lira (muertos ambos, también prematuramente) y Alejandro Zambra; al uruguayo Mario Levrero (nacido en 1940 pero reconocido tardíamente); al argentino Rodrigo Fresán, como los más sobresalientes. Agregaría a este grupo al ecuatoriano Huilo Ruales que aun cuando nació en el año 1947 tiene, sin duda, en su obra narrativa y poética, un singular parentesco con la obra de los autores

mencionados, todos cultivadores del “realismo brutal”. Su trilogía novelesca *Los Kitos infernos* y otros libros de cuentos le dan esa dimensión y esa pertenencia. Me voy a referir más extensamente a este autor, en otra parte de este trabajo.

En el Ecuador la producción literaria sigue teniendo un ritmo creciente pese a que continúa siendo una literatura marginal y muy poco conocida en el exterior. En mis artículos anteriores hice una exposición mucho más amplia al respecto. Es particularmente digna de atención la aparición de al menos una decena de jóvenes poetas que en diferentes ciudades del país han publicado sus obras en esta última década: Cristóbal Zapata, César Carrión, Pedro Gil, Aleyda Quevedo, Ernesto Carrión, Ángel Emilio Hidalgo, Xavier Oquendo, Freddy Peñafiel, Alfonso Espinosa, Augusto Rodríguez, Roy Sigüenza, María Luz Albuja, Sophía Yáñez, Carla Badillo, Juan Secaira, entre otros. Igualmente hay algunos narradores jóvenes dignos de mención: Esteban Mayorga, Adolfo Macías, Jorge Izquierdo, Yanko Molina, Juan Carlos Cucalón, Solange Rodríguez, Luis Alberto Bravo, Juan Pablo Castro, Eduardo Varas, Miguel Antonio Chávez, Andrés Cadena, Marta Chávez, Silvia Stornaiolo, Luis Borja, entre otros. La mayor parte de ellos han publicado ya libros interesantes, constan en antologías (*Los invisibles*, Editorial Antropófago, Quito, 2010, selección de Pau-

lina Merino y Juan José Rodríguez; *Los que vendrán*, nuevos *cuentistas ecuatorianos*, prólogo y selección de Juan Carlos Cucalón, editorial Alejandría, 2014; *Voces desde el centro del mundo, actualidad del cuento del Ecuador*, selección de Guido Tamayo, editorial Con las uñas, 2014) y están seriamente involucrados en el oficio. De aquí saldrá la cantera de la literatura ecuatoriana del siglo XXI.

De los escritores y escritoras de generaciones anteriores vale mencionar que narradores como Miguel Donoso Pareja (quien falleció este año y recibió una serie de justísimos homenajes), Alicia Yánez Cossío, Francisco Proaño Arandi, Abdón Ubidia, Iván Egüez, Vladimiro Rivas, Jorge Dávila Vásquez, Eliecer Cárdenas, Jorge Velasco Mackenzie, Javier Vásquez, Juan Valdano, Carlos Arcos, Carlos Carrión, Sonia Manzano, Milton Benítez, Pablo Barriga, entre otros, han seguido publicando libros de narrativa de excelente factura. De igual manera poetas de esas mismas generaciones: Euler Granda, Fernando Cazón, Antonio Preciado, Raúl Arias, Julio Pazos, Bruno Sáenz, Ulises Estrella (quien murió el año pasado, dejando una profunda huella), Humberto Vinuesa, Iván Carvajal, Iván Oñate, Alexis Naranjo, Javier Ponce, Simón Zavala, Diego Oquendo, Ana María Iza, Ileana Espinel, Violeta Luna, entre otros, siguieron publicando poemarios de calidad.

Los escritores y escritoras de las generaciones siguientes también han

dado aportes valiosos, pienso en los libros de narrativa de Leonardo Valencia, Gabriela Alemán, Santiago Páez, Alfredo Noriega, Raúl Serrano, Raúl Vallejo, Byron Rodríguez, Yanna Hadatty, Lucrecia Maldonado, Ramiro Arias, Oscar Vela, Juan Carlos Moya, Pedro Artieda, Alejandro Rivadeneira, Aminta Buenaño, René Jurado. En los poemarios de Edwin Madrid, Marcelo Báez, Ramiro Oviedo, Leopoldo Tobar, Mario Campaña, Fernando Iturburu, Fernando Balseca, Jorge Martillo, Luis Carlos Musso, Margarita Lasso, María Fernanda Espinosa, María Aveiga, Vicente Robalino, Edgar Allan García, entre otros.

A ellos sumaría la obra narrativa de Modesto Ponce (que comenzó a publicar tardíamente pero que, desde entonces, no ha cesado de presentar textos de calidad). Otros escritores ecuatorianos (algunos de ellos comparten el oficio con el periodismo u otras disciplinas) también dieron a luz libros de narrativa interesantes, en estas primeras décadas del siglo XXI, sobre todo de contenido histórico, policial o autobiográfico. Pienso en las novelas de Luis Zúñiga (*Manuela, Rayo*), Francisco Febres Cordero (*Soy el que pude*), Diego Cornejo Menacho (*Las segundas criaturas*), Jaime Marchán (*Volcán de niebla*), Marcelo Lalama (*Santa María de los volcanes*), Iñigo Salvador (*Miércoles de ceniza*), Gonzalo Ortiz (*Alfaro en la sombra*), Juan Ortiz (*Expiación*), Olivia

Casares (*La casa de don Eloy está cerrada*), Alfonso Reece (*Morga*), César Hermida (*La carta del último día*), Alfonso López (*El enigma del topo*), María Dolores Cabrera (*Te regalo mi cordura*), Águeda Pallares (*El conde de Cumbres Altas*), Orlando Pérez (*La ceniza del adiós*), Jaime Costales Peñaherrera (*Palabra de árbol*). Un amasijo de novelas concebidas con diferentes ideologías, técnicas y planteamientos.

Imposible dejar de mencionar a los ensayistas que han aportado importantes libros para el estudio de la literatura ecuatoriana: *Fernando Tinajero* (*El siglo de Carrión y otros ensayos*), *Alejandro Moreano* (*La literatura ecuatoriana de los últimos 30 años*), *Juan Valdano* (*Palabra en el tiempo*), *Diego Araujo Sánchez* (*A contravía, páginas críticas*), *Iván Carvajal* (*A la zaga del animal imposible*), *Antonio Sacoto* (*El cuento y la novela ecuatoriana contemporáneos*), *Raúl Serrano* y *Alicia Ortega*, con múltiples estudios académicos y críticos. A ellos se han sumado profesores extranjeros que también estudian la literatura ecuatoriana (pienso en el grupo de *ecuatorianistas* en universidades norteamericanas, agrupados en una asociación y liderados por Michael Handelsman, cuyo testimonio aparece en el libro *El águila bajo el sol* de Fernando Iturburu, o en los trabajos de Rémy Duran, Caroline Labatut y otros estudiosos que trabajan en universidades francesas). Igual mérito tiene el

trabajo abnegado de las editoriales independientes que contra viento y marea, en estas primeras décadas del siglo XXI, apostaron por los autores ecuatorianos y publicaron sus obras. Me refero a *El Conejo*, *Paradiso*, *Eskeletra* (que acaba de cumplir 25 años de existencia con 250 títulos a su haber), *Antropófago*, *Línea imaginaria*, *Cadáver exquisito*, *Cascabuecos*, entre otras, a las que se sumaron empresas editoriales multinacionales como *Alfaguerra*, *Seix Barral*, *Santillana*, *Random House-Mondadori*, entre las principales, que también, aunque todavía con escasa distribución en otros países, han publicado particularmente novelas de autores ecuatorianos. Hay que recordar que hasta finales del siglo pasado eran muy pocas las editoriales que publicaban libros de autores nacionales. Prácticamente era una tarea que con más entusiasmo que profesionalismo la asumían la Casa de la Cultura Benjamín Carrión (con resultados muy desiguales) y las universidades de Quito, Guayaquil y Cuenca.

Conste que en este trabajo no hemos abordado otros géneros de la literatura ecuatoriana como el teatro, la literatura para jóvenes y niños, la literatura de ciencia ficción, el ensayo histórico donde también hay mucho material que explorar. También debemos destacar el trabajo casi heroico que mantienen los impulsores de revistas literarias o de promoción de la literatura, pienso en *El búho*, *Rocinante*, *Eskeletra*

(sin periodicidad), *Cartón Piedra* (suplemento de diario *El Telégrafo*), *Matapalo*, *Re/incidencias* (los excelentes números monográficos dedicados a autores ecuatorianos que con mucho esmero publica el Centro Benjamín Carrión), entre otras. Y, por supuesto, en el trabajo diario y profesional de los departamentos de Letras de varias universidades ecuatorianas, especialmente la Universidad Andina Simón Bolívar (que tiene incluso un doctorado en Letras) y la Universidad de Cuenca que mantiene su importante encuentro anual de Literatura Ecuatoriana Alfonso Carrasco Vintimilla.

Sin embargo, de todos los autores ecuatorianos mencionados en este artículo, así como destacué a Roberto Bolaño entre los escritores latinoamericanos, destacaría a Huilo Ruales, curiosamente parecido a Bolaño en algunos aspectos: él también hijo de un camionero que le dejó huérfano a temprana edad; él también desterrado de su suelo natal (Ibarra) desde la juventud: primero a Quito (que será la ciudad inspiradora de su más importante obra narrativa) y luego a Toulouse (Francia), donde fijaría su residencia; él también animador de talleres y grupos literarios (tuve la suerte de compartir con Huilo esta experiencia); él también desacreditador de los “poetisas del establishment” (basta leer el primer tomo de su trilogía *Los kitos infernos*, titulada *Eva en Edén* para constatar este aserto). Ruales es a la

literatura ecuatoriana lo que Bolaño es a la literatura latinoamericana *post boom*. Yo he dicho y espero no equivocarme que después de la publicación de su trilogía *Los kitos infernos*, Ruales entrará a formar parte también de los cánones de esa literatura. Sostengo que es el autor que le faltaba al Ecuador para figurar en la selección latinoamericana de los autores del *realismo brutal o descarnado o visceral*, es decir aquel donde ya no existen las mujeres que levitan entre mariposas amarillas (metáfora de gran belleza por cierto) pero sí que se arrastran en su miseria y dolor, en medio de las miasmas de ciudades infames. Las obras de Huilo Ruales dignas de mencionarse son: *Y todo este rollo a mí también me jode* (que incluye el texto *La importancia de la yugular en ese asunto de la vida*), *Cuentos*, 1983; *Nuay cielo como el de kito* (cuentos, 1984), *Loca para loca la loca* (cuentos, 1989), *Fetiché y fantoché* (novela, 1997), *El ángel de la gasolina* (poesía, 1999), *Mal de ojo* (novela, 1998), *Añicos* (teatro, 1991). *Eva en Edén* (novela, 2014, parte de la trilogía *Los kitos infernos*).

Ojalá pronto Huilo Ruales (que ha recibido algunos premios locales) reciba un premio importante a nivel internacional. Resulta insólito que hasta ahora ningún autor ecuatoriano haya recibido, por ejemplo, el *Rómulo Gallegos*, instituido en Venezuela, en 1964, y que tuvo como primer jurado a Benjamín Carrión

y como primer premiado a Mario Vargas Llosa. Hasta ahora hemos sido el país del casi casi, en eso de recibir premios de literatura de importancia. Así, en los estudios sobre la literatura ecuatoriana se dice que Jorge Carrera Andrade *casi* recibió el premio Nobel de Literatura; Jorge Enrique Adoum *casi* recibió el premio Cervantes de las Letras; Javier Vásconez, Francisco Proaño, Abdón Ubidia y otros *casi* recibieron el premio Rómulo Gallegos; Telmo Herrera *casi* recibió el premio Nadal. Muchos autores acostumbran poner una nota en sus autobiografías: “Finalista en el premio tal o cual”. Perdón, soy injusto, el *Premio Casa de las Américas*, de Cuba (que se ha mantenido, por cierto, contra viento y marea), lo han recibido Jorge Enrique Adoum, Raúl Pérez Torres y Julio Pazos. Pido disculpas si me olvido de algún otro.

Yo sé que los premios no son el gran determinante para valorar una obra y menos la literatura de un país. Grandes escritores latinoamericanos no recibieron el premio Nobel de Literatura. Pienso en Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, por mencionar cuatro autores magníficos de dos países latinoamericanos, y eso no resta el más mínimo mérito a su obra. Sin embargo, la literatura ecuatoriana merece hacerse más visible en el escenario internacional. Es injustamente relegada y vergonzosamente desconocida. Hasta ha servi-

do para la burla de ciertos autores que crearon autores ecuatorianos ficticios, como el famoso Marcelo Chiriboga que ronda las páginas de Carlos Fuentes, José Donoso y otros *célebres menores*, quienes han seguido con esta misma costumbre (es decir, inventar otros autores ecuatorianos imaginarios y burlescos). Por cierto Marcelo Chiriboga, que se volvió una especie de trauma nacional, fue también recreado o rescatado como personaje en la novela del autor ecuatoriano Diego Cornejo Menacho, titulada *Las segundas criaturas*, que vale la pena conocer. Es una especie de *reivindicación* del autor burlado. Igualmente he visto que también se armó una polémica sobre el mismo asunto en un diario local, en los días que escribía este artículo (los misteriosos vasos comunicantes de la literatura). Respeto, por cierto, a quienes no creen en las literaturas nacionales y desde una perspectiva *cosmopolita* ven el mundo como un todo, sin parcelas ni reductos, sin fronteras ni continentes. Para estos críticos la obra que vale debe ser universal y si se escribe en Pakistán igual debe ser valorada en Londres y Estambul. No hace falta hablar de literaturas nacionales, argumentan categóricamente. Esta ha sido una larga discusión que no cesa. Sin embargo, si no se comienza estudiando lo local difícil que se alcance a raspar lo universal. Ya decía el conde Tolstoi: “Si quieres que tu obra sea universal, comienza escribiendo sobre

tu aldea”. Y J.M. Coetzee, Nobel de Literatura en 2003, sudafricano radicado en Australia y quizás el narrador vivo más brillante del mundo, en una reciente visita que hizo a Argentina para hablar sobre literaturas del sur, mencionó que era hora de que las literaturas de nuestros países pierdan los complejos y se presenten tal cual son y con toda su fuerza ante las literaturas del norte a fin de romper con esa especie de colonialismo que siguen ejerciendo los críticos británicos o peninsulares o norteamericanos (con la complicidad de ciertos críticos locales) que siguen hablando de *literaturas metropolitanas y provincianas*. “La idea de que, excepto que seas de una metrópolis –y, en general, en referencia a metrópolis del norte-, estás condenado a ser ‘provinciano’ o ‘menor’ es justamente la que debemos resistir”, dijo el autor de *Esperando a los bárbaros*, en una entrevista concedida a diario *El Clarín*.<sup>3</sup> Hacia allá vayamos, a discutir sin complejos en todos los foros que fuera posible sobre nuestra literatura (y allí los miembros del servicio exterior ecuatoriano tienen una tarea por cumplir, promoviendo esos foros, buscando que se traduzcan a otras lenguas a autores ecuatorianos, llevando sus obras a concursos de importancia y su publicación en editoriales extranjeras). Lo mismo, si es necesario, *fajarse* de igual a igual con los *analistas foráneos* como se fajan nuestros futbolistas en el fút-

bol inglés, ruso o mexicano. O como cuando saltan al campo de juego “nuestros diez negritos” (al decir de una entusiasta locutora amante de los deportes y de Agatha Christie, refiriéndose a la selección nacional de fútbol) para enfrentarse de igual a igual a brasileños o franceses o croatas. En este artículo (que tiene sin duda limitaciones porque no soy un crítico literario) les doy algunos elementos para esa discusión porque debo confesar que me llamó mucho la atención, hace unos meses, leer un reporte de un destacado embajador ecuatoriano, quien decía que cuando fue a un foro en el país en el cual está acreditado se avergonzó porque no tenía autores ecuatorianos a presentar. ¡Cuidado!